

## Capítulo

# 1

Ella siempre hacía lo mismo antes de ir a ver el cadáver. Después de desabrocharse el cinturón de seguridad, después de sacar un bolígrafo de la goma de la visera para el sol, después de que sus largos dedos acariciaran sus caderas para sentir la comodidad de su ropa de trabajo, lo siguiente que hacía siempre era una pausa. No demasiado larga. Lo suficiente para hacer una inspiración lenta y profunda. Era lo único que necesitaba para recordar aquello que nunca podría olvidar. Otro cadáver la estaba esperando. Soltó el aire. Y cuando sintió los bordes ásperos del agujero que había dejado la parte de su vida que había volado por los aires, la detective Nikki Heat estuvo lista. Abrió la puerta del coche y se dispuso a hacer su trabajo.

Los treinta y ocho grados que le cayeron encima casi consiguieron que se volviera a meter en el coche. Nueva York era un horno, y el reblandecido asfalto de la 77 Oeste que estaba bajo sus pies hacía que tuviera

la sensación de estar caminando sobre arena mojada. Podría haber evitado un poco el calor aparcando más cerca, pero ése era otro de los rituales: la aproximación. Todos los escenarios de un crimen tenían un regusto caótico, y esos doscientos metros caminando eran la única oportunidad de la detective para rellenar la página en blanco con sus propias impresiones.

Debido al calor achicharrante, la acera estaba casi vacía. El ajetreo de la hora de la comida en el barrio se había terminado, y los turistas se estaban refrescando en el Museo Americano de Historia Natural o buscando refugio en el Starbucks de bebidas heladas que terminaban en vocal. Aparcó su desdén por los bebedores de café, tomando nota mentalmente de coger uno ella misma cuando volviese a la comisaría. Unos pasos más adelante, se fijó en un portero del edificio de apartamentos situado en su mismo lado de la cinta de balizamiento que rodeaba la cafetería de la acera. Se había quitado la gorra y estaba sentado en los gastados peldaños de mármol con la cabeza entre las rodillas. Ella alzó la vista hacia el toldo verde botella cuando pasó a su lado, y leyó el nombre del edificio: Guilford.

¿Conocía a aquel hombre uniformado que le estaba sonriendo? Rápidamente repasó una serie de diapositivas de caras, pero lo dejó cuando se dio cuenta de que sólo estaba disfrutando de su vista. La detective Heat le devolvió la sonrisa y se abrió la americana de lino para darle algo más sobre lo que fantasear. La expresión de su

cara cambió cuando vio la placa en la cintura del pantalón. La joven policía levantó la cinta amarilla para poder pasar por debajo y al levantarse lo pilló de nuevo mirándola de forma lasciva, así que no pudo resistirse.

—Le propongo un trato —dijo—. Yo vigilo mi culo y usted vigila a la gente.

La detective Nikki Heat entró en su escenario del crimen, más allá del atril de recepción vacío de la terraza de la cafetería. Todas las mesas de La Chaleur Belle estaban vacías excepto una, en la que el detective Raley, de su misma brigada, estaba sentado con una afectada familia con las caras quemadas por el sol que intentaba traducir del alemán una declaración. Su almuerzo, intacto, estaba lleno de moscas. Los gorriones, también ellos ávidos comensales al aire libre, estaban posados en los respaldos de los asientos y hacían atrevidos descensos en picado en busca de *pommes frites*. En la puerta de servicio, el detective Ochoa levantó la vista de su cuaderno y asintió rápidamente hacia ella mientras interrogaba a un ayudante de camarero que llevaba un delantal blanco manchado de sangre. El resto de los camareros estaban dentro del bar tomando una copa después de lo que habían presenciado. Heat miró hacia donde estaba arrodillada la médico forense, y no se lo pudo reprochar en absoluto.

—Varón no identificado, sin cartera, sin identificación alguna. Podría tener entre sesenta y sesenta y cinco años. Traumatismos contusos severos en cabeza, cuello y pecho.

Lauren Parry, con su mano enguantada, retiró la sábana para que su amiga Nikki pudiera ver el cadáver tendido en la acera. La detective echó un vistazo y apartó rápidamente la mirada.

—No tiene cara, así que peinaremos la zona en busca de alguna pieza dental; la verdad es que no hay mucho más que sirva para identificarlo después de un golpe así. ¿Es ahí donde aterrizó?

—Allí. —La forense señaló la zona reservada para los camareros de la cafetería, situada a unos cuantos metros de allí. Se había hundido con tanta fuerza que estaba partida en dos. Las violentas salpicaduras de hielo y sangre ya se habían cocido sobre la acera en los minutos transcurridos tras la caída. Mientras Heat daba unas cuantas vueltas por el lugar, se dio cuenta de que las sombrillas de la cafetería y las paredes de piedra del edificio también tenían manchas de sangre seca, hielo y trozos de servilletas de papel. Se acercó a los restos lo máximo que se atrevió sin contaminar el escenario y miró hacia arriba.

—*It's Raining Men.*

Nikki Heat ni siquiera se volvió. Se limitó a pronunciar su nombre, suspirando:

—Rook.

—Aleluya. —Continuó sonriendo hasta que ella, finalmente, miró hacia él, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué? No pasa nada, no creo que pueda oírme.

Se preguntó qué habría hecho en su otra vida para tener que aguantar a ese tío. Y no era la primera vez du-

rante ese mes que se lo preguntaba. Su trabajo ya era lo suficientemente duro si se hacía como era debido. Si encima se le añadía un periodista gracioso que jugaba a ser policía, el día no se acababa nunca. Retrocedió hasta las jardineras que delimitaban el perímetro de la terraza y miró de nuevo hacia arriba. Rook la acompañó.

—Habría llegado antes si no fuera porque alguien no me llamó. Si no hubiera llamado a Ochoa, me lo habría perdido.

—Al parecer, las desgracias nunca vienen solas.

—Tu sarcasmo me deja sin palabras. Mira, no puedo documentarme para escribir mi artículo sobre lo mejor de Nueva York si no tengo acceso, y mi acuerdo con el inspector establece explícitamente que...

—Créeme, sé cuál es tu acuerdo. Lo he vivido día y noche. Llegas para observar todos mis homicidios como si fueras un detective de verdad que trabaja para ganarse la vida.

—Así que te olvidaste. Acepto tus disculpas.

—No me olvidé, y yo no he oído ninguna disculpa. Al menos no por mi parte.

—La he intuido. Subliminalmente.

—Algún día me vas a contar qué favor le has hecho al alcalde para que te permitan acompañarnos.

—Lo siento, detective Heat, soy periodista, y eso es estrictamente extraoficial.

—¿Decidiste no publicar un artículo que lo hacía quedar mal?

—Sí. Dios, siempre consigues sonsacarme. Pero no diré ni una palabra más.

El detective Ochoa finalizó el interrogatorio al ayudante de camarero, y Heat le hizo señas para que se acercara.

—Me he cruzado con un portero de este edificio que parecía estar teniendo un día muy malo. Ve a interrogarle; a ver si conoce a nuestro hombre anónimo.

Cuando se dio la vuelta, Rook tenía las manos enroscadas formando una especie de prismáticos de carne y hueso y miraba hacia el edificio de arriba, ignorando la cafetería.

—Yo diría que ha sido desde el balcón del sexto piso.

—Cuando escriba su artículo para la revista, puede poner el piso que más le plazca, señor Rook. ¿No es eso lo que hacéis los periodistas? ¿Especular? —Antes de que pudiera contestarle, ella puso el dedo índice sobre sus labios—. Pero nosotros no somos *paparazzi*. Somos la policía y, maldita sea, tenemos unas molestas cosas llamadas hechos que hay que esclarecer y acontecimientos que verificar. Y mientras intento hacer mi trabajo, ¿sería mucho pedir que muestres un poco de decoro?

—Claro. Ningún problema.

—Gracias.

—¿Jameson? ¿Jameson Rook? —Rook y Heat se dieron la vuelta y vieron a una chica detrás de la cinta de señalización haciendo señas y dando saltos para llamar

su atención—. ¡Oh, Dios mío, es él, es Jameson Rook! —Rook sonrió y la saludó con la mano, lo que sólo consiguió que su fan se emocionara aún más y acabara cruzando por debajo de la cinta amarilla.

—¡Eh, no, atrás! —La detective Heat hizo señas a un par de agentes, pero la mujer de la camiseta de escote *halter* y los vaqueros cortados ya había cruzado la línea y se estaba acercando a Rook—. Éste es el escenario de un crimen, no puede estar aquí.

—¿Podría al menos firmarme un autógrafo?

Heat sopesó si aquello resultaba conveniente. La última vez que había intentado librarse de una de sus fans, se enzarzó en una discusión de diez minutos. Luego se había pasado una hora redactando una respuesta a la queja oficial de la mujer. Los fans con estudios son los peores. Asintió hacia los policías y esperaron.

—Lo vi ayer por la mañana en *The View*. Dios mío, es incluso más guapo en persona. —Estaba rebuscando en su bolso de paja, pero mantenía la mirada clavada en él—. Después del programa salí corriendo a comprar la revista para poder leer su artículo, ¿lo ve? —Sacó el último número de *First Press*. En la foto de portada aparecían Rook y Bono en un dispensario en África—. Aquí tengo un rotulador.

—Perfecto. —Él lo cogió y le pidió la revista.

—No, fírmeme aquí. —Dio un paso adelante y separó el escote de su camiseta.

Rook sonrió.

—Creo que voy a necesitar más tinta.

La mujer estalló en carcajadas y agarró del brazo a Nikki Heat.

—¿Lo ve? Por eso es mi escritor preferido.

Pero Heat estaba concentrada en las escaleras de la entrada principal del Guilford, donde el detective Ochoa daba unas compasivas palmadas en el hombro al portero. Abandonó la sombra del toldo, pasó por debajo de la cinta y se acercó a ella.

—El portero dice que nuestra víctima vivía en este edificio. En el sexto piso.

Nikki oyó a Rook carraspear detrás de ella, pero no se dio la vuelta. O se estaba regodeando, o estaba firmándole en el pecho a una *groupie*. Y a ella no le apetecía ver ninguna de las dos cosas.

Una hora más tarde, en el solemne caos del apartamento, la detective Heat, la personificación de la paciencia comprensiva, estaba sentada en una silla antigua tapizada frente a la esposa y al hijo de siete años de la víctima. Un cuaderno azul de espiral, como los de los periodistas, descansaba cerrado sobre sus rodillas. Su natural pose erguida de bailarina y su mano caída sobre el reposabrazos de madera tallada le daban un aire de majestuosa serenidad. Cuando pilló a Rook mirándola fijamente desde el otro lado de la habitación, se dio la vuelta y se puso a analizar el Jackson Pollock que había en la pared de enfrente. Pensó en cuánto se parecían las salpicaduras de pintura a las del mandil del ayudante de

camarero de abajo y, aunque intentó detenerlo, su cerebro de policía empezó a reproducir el vídeo que había grabado del reservado de los camareros destrozado, de las caras desencajadas de los camareros traumatizados y de la furgoneta del juez de instrucción yéndose con el cadáver del magnate inmobiliario Matthew Starr.

Heat se preguntaba si Starr se había suicidado. La economía, o más bien la falta de ella, había desencadenado un montón de tragedias colaterales. Cualquiera día normal el país parecía a una vuelta de llave de que la camarera de un hotel descubriera el suicidio o asesinato-suicidio del siguiente director de una empresa o magnate. ¿Era el ego un antídoto? En lo que se refería a los promotores inmobiliarios de Nueva York, no es que Matthew Starr escribiera el libro sobre el ego, pero lo que estaba claro era que sí había hecho un ensayo. Eterno perdedor en la carrera de pegar su nombre en el exterior de cualquier cosa con tejado, había que reconocerle a Starr que continuara intentándolo.

Y a juzgar por su residencia, había estado capeando el temporal magníficamente en un apartamento de lujo de dos pisos en un edificio emblemático justo al lado de Central Park West. Todos los muebles eran antiguos o de diseño; el salón era una gran estancia de casi dos pisos de altura, y las paredes estaban llenas hasta el techo abovedado de obras de arte de coleccionista. Apostaba la cabeza a que nadie dejaba menús de comida a domicilio ni folletos de cerrajeros en su portal.

El sonido de una risa amortiguada desvió la atención de Nikki Heat hacia el balcón donde los detectives Raley y Ochoa, un dúo cariñosamente condensado como «los Roach», estaban trabajando. Kimberly Starr acunaba a su hijo en un largo abrazo y no pareció oírlo. Heat se disculpó y atravesó la sala deslizándose dentro y fuera de los estantes de luz que descendían desde las ventanas superiores, proyectando un aura sobre ella. Esquivó a los forenses, que empolvaban las puertas acristaladas y salió al balcón mientras abría su cuaderno por una hoja en blanco.

—Fingid que estamos tomando notas. —Raley y Ochoa intercambiaron miradas confusas y luego se acercaron más a ella—. Os he oído reiros desde dentro.

—Vaya... —dijo Ochoa. Se estremeció y la gota de sudor que colgaba de la punta de su nariz cayó sobre la página.

—Escuchadme. Sé que para vosotros esto no es más que otro escenario de un crimen, pero para la familia es el primero que viven. ¿Me estáis oyendo? Bien. —Se giró a medias hacia la puerta, y volvió—. Y cuando nos vayamos quiero oír ese chiste. Podría resultarme útil.

Cuando Heat volvió a entrar, la niñera se estaba llevando al hijo de Kimberly fuera de la habitación.

—Saca un rato a Matty a la calle, Agda. Pero no por la puerta principal. ¿Me has oído? Por la puerta principal, no. —Cogió otro pañuelo de papel y se sonó delicadamente.

Agda se detuvo en el arco que daba al pasillo.

—Hoy hace demasiado calor para él en el parque.  
 —La niñera escandinava era muy atractiva y podría haber sido la hermanastra de Kimberly. Una comparación que hizo a Heat considerar la diferencia de edad entre Kimberly Starr, a la que le echaba unos veintiocho años, y su difunto marido, un hombre de sesenta y pico. Sin duda se trataba de una mujer florero.

La solución de Matty fue el cine. Estaba en cartel la nueva película de Pixar y, aunque ya había ido al estreno, quería volver. Nikki tomó nota para llevar a su sobrina a verla el fin de semana. La pequeña adoraba las películas de animación. Casi tanto como Nikki. Nada como una sobrina para tener la excusa perfecta para pasarse dos horas disfrutando de la inocencia pura y dura. Matty Starr se fue tras despedirse de forma insegura con la mano, como sintiendo que algo no encajaba, aunque hasta el momento le habían ahorrado las noticias de las que ya tendría tiempo de enterarse.

—Una vez más, señora Starr, lamento su pérdida.

—Gracias, detective —dijo con una voz de ultratumba. Se sentó de forma remilgada, se alisó los pliegues de su vestido de tirantes y luego esperó, inmóvil, a excepción del pañuelo de papel que retorció distraídamente en su regazo.

—Sé que éste no es el mejor momento, pero tengo que hacerle algunas preguntas.

—Lo entiendo. —De nuevo esa voz abandonada, mesurada, lejana... ¿y qué más?, se preguntó Heat. Sí, recatada.

La detective le quitó el capuchón al bolígrafo.

—¿Estaban aquí usted o su hijo cuando sucedió?

—No, gracias a Dios. Habíamos salido. —Nikki hizo una breve anotación y cruzó las manos. Kimberly esperó, haciendo rodar una cuenta de ónix negro de su collar de David Yurman. Luego llenó el silencio—: Fuimos a Dino-Bites, en Amsterdam. Tomamos sopa de alquitrán helada. En realidad es helado de chocolate derretido con gomisaurios. Matty adora la sopa de alquitrán.

Rook se sentó en la orejera Chippendale, tapizada en tul, frente a Heat.

—¿Sabe si había alguien más en casa?

—No, creo que no. —Parecía como si acabara de reparar en él—. ¿Nos conocemos? Me resulta familiar.

Heat se apresuró a cerrar ese flanco.

—El señor Rook es periodista. Escribe en una revista y está trabajando con nosotros en algo extraoficial. Muy extraoficial.

—Un periodista... No iré a escribir un artículo sobre mi marido, ¿verdad?

—No. No específicamente. Sólo estoy haciendo una investigación general sobre esta brigada.

—Mejor, porque a mi marido no le habría gustado. Creía que todos los periodistas eran unos gilipollas.

Nikki Heat le dijo que la entendía perfectamente, aunque a quien estaba mirando era a Rook. Luego continuó.

—¿Había notado usted algún cambio en el estado de ánimo o en el comportamiento de su marido últimamente?

—Matt no se ha suicidado, no siga por ahí. —Su postura recatada y pija se esfumó en un destello de enfado.

—Señora Starr, sólo queremos tener en cuenta todas las...

—¡No siga! Mi marido me amaba, y también a nuestro hijo. Amaba la vida. Estaba construyendo un edificio bajo de uso mixto con tecnología ecológica, por el amor de Dios. —Unas gotas de sudor afloraron bajo los laterales de su flequillo—. ¿Por qué se dedica a preguntar estupideces cuando podría estar buscando a su asesino?

La agente Heat dejó que se desahogara. Había vivido esto suficientes veces como para saber que los más serenos eran los que tenían una ira más efervescente. ¿O se estaba acordando de cuando ella misma había estado sentada en circunstancias similares, con diecinueve años, cuando de repente todo su mundo explotó a su alrededor? ¿Había liberado ella toda su rabia, o simplemente le había puesto una tapa?

—Es verano, maldita sea, deberíamos estar en los Hamptons. Esto no habría sucedido si hubiéramos estado en Stormfall. —A eso se le llamaba tener dinero. No era una simple propiedad en East Hampton. Stormfall estaba en primera línea de playa, aislado y al lado de Seinfeld con vistas parciales a Spielberg—. Odio esta ciudad —gritó Kimberly—. La odio, la odio. ¿Éste qué es,

el asesinato número trescientos en lo que va de año? Como si no os olvidarais de ellos al instante —jadeó para terminar, aparentemente. Heat cerró su cuaderno y rodeó la mesa de centro para sentarse al lado de ella en el sofá.

—Por favor, escúcheme. Sé lo difícil que resulta esto.

—No, no lo sabe.

—Me temo que sí. —Esperó a que el significado de sus palabras hiciera mella en Kimberly antes de continuar—. Los asesinatos no son simples números para mí. Una persona ha muerto. Un ser querido. Alguien con quien creía que iba a cenar esta noche se ha ido. Un pequeño ha perdido a su padre. Alguien es responsable de ello. Y tiene mi palabra de que resolveré el caso.

Ablandada, o tal vez en estado de shock, Kimberly asintió y preguntó si podían continuar más tarde.

—Ahora mismo lo único que quiero es estar con mi hijo.

Los dejó en el piso para que continuaran con la investigación.

—Siempre me he preguntado de dónde vienen todas esas Marthas Stewart —comentó Rook cuando la señora Starr se hubo marchado—. Las deben de criar en una granja secreta de Connecticut.

—Gracias por no interrumpir mientras se estaba desahogando.

Rook se encogió de hombros.

—Me gustaría poder atribuirlo a mi sensibilidad, pero en realidad la culpa fue del sillón. Es difícil para un

hombre tener credibilidad rodeado de tul. Pero bueno, ahora que se ha ido, ¿te importa que te diga que hay algo en ella que no me gusta?

—No me extraña, después de lo que dijo sobre tu «profesión»... Con toda la razón del mundo. —Heat se dio la vuelta por si su sonrisa interna se reflejaba en su cara, y se dirigió de nuevo hacia el balcón.

Él la acompañó.

—Por favor, tengo dos Pulitzer, no necesito su respeto. —Ella lo miró de reojo—. Aunque me gustaría haberle dicho que la serie de artículos que escribí sobre el mes que pasé bajo tierra con los rebeldes chechenos van a ser llevados a la gran pantalla.

—¿Y por qué no lo hiciste? Tu autoensalzamiento podría haberla distraído del hecho de que su marido acaba de tener una muerte violenta.

Salieron al calor abrasador de la tarde, gracias al cual las camisas de Raley y Ochoa estaban empapadas en sudor.

—¿Qué habéis encontrado, Roach?

—Definitivamente no ha sido un suicidio —dijo Raley—. Para empezar, fíjate en los desconchones frescos de pintura y en la piedra desmenuzada. Alguien abrió esta puerta de cristal sin demasiada delicadeza, como en el transcurso de una pelea.

—Y segundo —Ochoa tomó el relevo—, hay marcas de arañazos desde la puerta a lo largo de los... ¿qué es esto?

—Ladrillos de terracota —dijo Rook.

—Eso es. Conservan las marcas muy bien, ¿eh? Y luego siguen hasta aquí. —Se detuvo en la barandilla—. Aquí es donde nuestro hombre salió volando.

Los cuatro se asomaron para mirar hacia abajo.

—Caray —dijo Rook—, seis pisos de caída. Son seis, ¿no, chicos?

—Déjalo, Rook —dijo Heat.

—Y aquí está nuestro testigo. —Ochoa se puso de rodillas para señalar algo en la barandilla con su bolígrafo—. Tenéis que acercaros más. —Se echó hacia atrás para dejarle espacio a Heat, que se arrodilló para ver qué estaba señalando—. Es un trozo de tela rota. El *friqui* del Departamento Forense dice que el resultado del análisis seguramente será tela vaquera azul. La víctima no llevaba pantalones vaqueros, así que esto pertenece a otra persona.

Rook se arrodilló al lado de ella para echar un vistazo.

—Por ejemplo al que se lo cepilló. —Heat asintió, al igual que Rook. Se volvieron para mirarse y ella se sobresaltó ligeramente por su proximidad, pero no retrocedió. Nariz con nariz con él en medio de aquel calor, ella sostuvo la mirada y observó la danza de la luz del sol reflejada en sus ojos. Luego pestañeó. Mierda, pensó, ¿qué era aquello? No podía sentirse atraída por aquel tío. Ni de broma.

La detective Heat se puso en pie rápidamente, con brusquedad y sin contemplaciones.

—¿Roach? Quiero que investiguéis los antecedentes de Kimberly Starr. Y comprobad su coartada de esa heladería de Amsterdam.

—Así que tú también tienes una mala corazonada sobre la desconsolada viuda, ¿eh? —dijo Rook, levantándose tras ella.

—Yo no me guío por corazonadas, soy policía. —Y se apresuró a entrar en el apartamento.

Más tarde, mientras bajaban en el ascensor, les preguntó a sus detectives:

—Vale, ¿qué era aquello tan gracioso por lo que estuve a punto de estrangularos a ambos con mis propias manos? Ya sabéis que me han entrenado para hacerlo.

—Nada, sólo estábamos espabilándonos un poco, ya sabes —contestó Ochoa.

—Sí, no era nada —corroboró Raley.

Dejaron pasar dos pisos en silencio y luego ambos empezaron a tararear en voz baja *It's Raining Men* antes de partirse de risa.

—¿Eso? ¿De eso era de lo que os reíais?

—Puede que éste sea el momento de mayor orgullo de toda mi vida —dijo Rook.

Mientras volvían a salir al calor abrasador para reunirse bajo el toldo de Guilford, Rook comentó:

—Ni os imagináis quién escribió esa canción.

—Yo no conozco a nadie que escriba canciones, tío —admitió Raley.

—Seguro que a éste sí.

—¿Elton John?

—Incorrecto.

—¿Una pista?

El grito de una mujer rompió el ruido de la hora punta de la ciudad y Nikki Heat saltó a la acera mientras volvía la cabeza para mirar al edificio.

—¡Allí! —dijo el portero, señalando hacia Columbus—, ¡es la señora Starr!

Heat siguió su mirada hacia la esquina, donde un corpulento hombre agarraba a Kimberly Starr por los hombros y la lanzaba contra un escaparate. Se oyó un estruendo, pero el cristal no se rompió.

Nikki salió corriendo con los otros tres pisándole los talones. Agitó su placa y gritó a los peatones que se apartasen mientras zigzagueaba entre la multitud que acababa de salir de trabajar. Raley cogió su radio y pidió refuerzos.

—¡Alto, policía! —gritó Heat.

En la fracción de segundo de sorpresa del agresor, Kimberly le lanzó una patada a la ingle que no alcanzó su objetivo. El hombre se dio a la fuga y ella cayó retorciéndose sobre el asfalto.

—Ochoa —ordenó Heat, señalando a Kimberly mientras ella pasaba de largo. Ochoa se detuvo para atenderla.

Raley y Rook siguieron a Heat, esquivando coches en el cruce de la 77. Un autobús turístico hizo un giro no permitido y les bloqueó el paso. Heat rodeó corriendo

la parte trasera del vehículo, atravesando una nube de humo del tubo de escape para salir a la acera adoquinada que rodeaba el complejo del museo.

Ni rastro de él. Redujo su carrera a un trote y luego a un paso ligero cruzando desde Evelyn hasta la 78. Raley estaba aún hablando por la radio tras ella, dando su localización y la descripción del hombre: «... varón caucásico, treinta y cinco, poco pelo, metro ochenta y cinco, camisa blanca de manga corta, vaqueros...».

En la 81 con Columbus, Heat se detuvo y giró en redondo. El reflejo del sudor hacía brillar su pecho dibujando una «V» en la parte delantera de su camiseta. La agente no mostraba signos de fatiga, sólo de estar en estado de alerta, mirando en todas direcciones, tratando de avistar al hombre, aunque fuera de lejos, para salir corriendo de nuevo.

—No estaba en tan buena forma —dijo Rook, jadeando ligeramente—. No puede haber ido muy lejos.

Ella se giró hacia él, un poco impresionada por encontrarlo aún allí. Y también ligeramente contrariada.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Rook?

—Cuatro ojos ven más que dos, detective.

—Raley, yo cubriré Central Park West y rodearé el museo. Tú coge la 81 hasta Amsterdam y da la vuelta por la 79.

—Allá voy. —Atravesó a contracorriente la multitud del centro de la ciudad en Columbus.

—¿Y yo qué?

—¿No se te ha ocurrido pensar que puede que en este momento esté demasiado ocupada para hacer de canguro? Si quieres servir de ayuda, coge ese par de ojos extra y vete a ver cómo está Kimberly Starr.

Lo dejó en la esquina sin mirar atrás. Heat necesitaba toda su concentración y no quería interferencias, no por parte de él. Esa carrera ya estaba siendo demasiado agotadora. ¿Y qué pasaba con la historia aquella del balcón? Lo de acercarse a su cara como en un anuncio de colonia de *Vanity Fair*, uno de esos anuncios que prometen el tipo de amor que la vida nunca parece proporcionar. Menos mal que se largó de aquel pequeño cuadro. Aun así, se preguntaba si tal vez había sido un poco dura con él.

Se dio la vuelta para ver dónde estaba Rook. Al principio no conseguía verlo, pero luego lo localizó hacia la mitad de Columbus. ¿Qué demonios estaba haciendo agachado tras aquella maceta? Parecía estar espiando a alguien. Ella saltó la valla del parque para perros y atajó por el césped, a paso vivo, hacia donde estaba él. Entonces vio al señor Camisa Blanca y Vaqueros saliendo del contenedor de la entrada trasera del complejo del museo. Ella echó a correr hacia allí. Rook estaba delante y se quedó de pie tras su maceta. El tipo lo esquivó y salió volando hacia el acceso para vehículos, desapareciendo en el túnel de servicio. Nikki Heat lo llamó, pero Rook ya estaba corriendo para meterse en la entrada subterránea tras el agresor.

Ella soltó una maldición y saltó la reja del otro extremo del parque para perros para seguirlos.